

JIRAFANUBE

Sergio Arroyo*

Se habría podido decir que no era un teatro, sino tan solo una casona antigua, disimulada a duras penas con pintura y, de alguna manera, oculta entre dos edificios de cemento oscurecidos por los hongos y la humedad. Unas gradas derruidas llevaban a una boletería cilíndrica, de donde se abría paso un café al aire libre que lucía algo más cuidado que la fachada general del edificio. Hacia el fondo del café había una entrada muy angosta y de aspecto reservado que debía de conducir a la tribuna. El nombre del *Teatro Calderón*, se apreciaba justo sobre la boletería.

Las señas para llegar que me había dado mi amigo no me habían servido de mucho; al final, había terminado atravesando casi todo San José. Y no era la primera vez que me pasaba algo así con él, pero no podía reprocharle nada porque más de una vez a él le había sucedido lo mismo conmigo.

—¿Cómo se llama la obra? —le había preguntado yo por teléfono.

—Se llama *Jirafanube*.

Sin embargo, por ningún lugar logré encontrar ningún anuncio donde se mencionara la obra que presentaban. Cuando compré el boleto, pregunté que si la obra se llamaba *Jirafanube* y la señorita que me atendió me dijo que sí. Me acuerdo que me dio de vuelta un billete donde aparecía la foto de un ex presidente con cuernos y quevedos.

Ordené un café como a mí me gusta: negro y sin azúcar y me fui a sentar a una mesa de la cafetería. No contento con el café, saqué

un cigarrillo y me puse a fumar. Luego, traté de explicarme de qué podría tratarse la obra que estaba por ver, y me imaginé a un sacerdote disfrazado de jirafa, que le hacía el amor a un cerdo virgen y solitario, como en la película francesa; luego se me ocurrió la conversación aburrida de un coro de nubes, con relámpagos de utilería y lluvia de confeti plateado; sin embargo, por más que lo intentaba, no lograba reunir las ideas de la jirafa y de la nube.

No sé cuánto tiempo duré en aquello, pero sé que fue el suficiente para que en el cenicero se formara una montañita de polvo gris. Me acordé de un viejo poema barroco en el que una mujer utilizaba un espejo para vengarse de un hombre cruel, pero no logré recordar el título ni mucho menos quién lo había escrito, hice cabeza durante un rato, pero acabó desentendiéndome de todo el percatarme de que no era el único en la cafetería. Sentada a tres mesas de la mía, una señora mayor y de grandes ojos sostenía con las dos manos una taza de café humeante. La curiosidad por saber a qué era a lo que me había arrastrado mi amigo me hizo querer hablarle, sin embargo, en cuanto la señora notó lo que me disponía a hacer, sacó el teléfono celular y, sin más, comenzó a revisar los mensajes y las llamadas perdidas.

Me tomé de un sorbo lo que me quedaba de la taza, me levanté y desaparecí de la cafetería, dispuesto a dar un paseo por donde fuera y, en último caso, que quien debiera esperarme fuera mi amigo a mí y no yo a él.

* Estudiante de Filología Española. Universidad de Costa Rica.
Recepción: 14/09/09 - Aceptación: 18/09/09

Las calles se abrieron a mis pasos y yo transité por ellas con un aplomo que habría hecho pensar que tenía un rumbo. Paso a paso, me fui adentrando en la geografía rural de la ciudad: calles bifurcantes sin explicación y rotondas de tráfico inmóvil y resignado. De una manera que se parece mucho a las bromas, me perdí.

En un día normal, me habría quedado de pie apostado cerca de una vitrina, esperando orientarme, pero entonces, salida del cielo nublado, una gota helada me cayó justo en medio de la frente: iba a llover. No me quedó más remedio que volver sobre mis pasos al tedio del teatro. Sin embargo, lo que en un primer momento me había parecido lo más sencillo y natural de hacer, resultó imposible: por más que lo intenté, no pude encontrar el camino de regreso. De repente, me pareció estar en una ciudad extranjera.

Luego de meterme por una calle que antes había menospreciado por suponerla de una sola vía, di con algo que me hizo detenerme de golpe. Se trataba de otra boletería un poco más pequeña que la primera, pero que también tenía un letrero que decía *Teatro Calderón*. Entonces me dejé fascinar por la ilusión de que el teatro tuviera dos boleterías y, a la par de ellas, dos entradas, al estilo de aquellos teatros europeos del siglo XIX, que tenían una entrada sobria y elegante para los que compraban los boletos más caros, y, a la vuelta de la esquina, otra pomposa y colorida para la gente humilde que pagaba menos. En ese momento, se escuchó un trueno leve y yo levanté la vista al cielo nublado: era un hecho que iba a llover. Ya sacado de la ensoñación, presté atención al sentido común: no había otro teatro y ni siquiera otra entrada, tan solo se trataba de la misma entrada de antes, pero unas frondosas palmas en macetas que recién debían de haber sacado me habían hecho creer otra cosa.

Salida del cielo ennegrecido, una gota helada me cayó justo sobre la cara. Yo había pasado la mitad de mi vida metido en mi casa, clasificando mis libros y mis discos. Para mí, ir de noche al teatro era lo más parecido a una aventura que uno pudiera imaginar. Por un momento, había querido maldecir a mi amigo por su invencible irresponsabilidad, pero me determiné a no echarme a perder la noche

yéndome para la casa sin al menos tratar de ver la obra. Entonces, me decidí a entrar.

Al llegar a la puerta que conducía al vestíbulo principal, me salió al encuentro un muchacho de ropa vistosa que estaba apostado al marco de la entrada. Llevaba unos anteojos amarillos, boina verde, bufanda y, encima de todo, un chaleco rojo. Me resultaba casi imposible dejar de verlo, pero lo tuve que hacer porque yo parecía el único impresionado con su atuendo. Pasé de lejos, pero por un momento se me quedó viendo a la cara como si me hubiera reconocido. Yo sentí que, debajo de toda aquella vestimenta, había alguien que yo conocía, pero preferí no decirle nada para no dar las buenas noches en vano: solo le di el boleto y eso fue todo. Era un empleado del teatro.

Por adentro, el teatro me resultó inesperadamente grande. Yo me había imaginado que era uno de esos teatros alternativos, donde apenas caben los familiares de los actores, pero este sin problemas podría albergar a unas mil personas. Me senté en la décima fila, contando del frente **hacia atrás**.

El lugar estaba decorado con mano austera pero también con buen gusto. Un color amarfilado y claro dominaba las columnas y las paredes del lugar. El piso gris con motivos blancos y rojos de alguna forma contestaba la sombra del telón rojo. Me llamaba la atención que el telón estuviera tan cerca de las butacas; tal vez demasiado cerca. No obstante, el dominio de los colores rojos me intranquilizaba y, en cierta forma, se contraponía al lugar ameno que insinuaba la composición del lugar. Tenían puesta música instrumental, pero no supe identificarla.

El tiempo pasó y el rumor de la gente que entraba era cada vez mayor. Unos jóvenes se sentaron en la fila que seguía a la mía y yo me dediqué a ignorarlos. Pronto, al rumor general, se unió un bullicio casi imperceptible que parecía venir de más allá del telón. Volví a ver **hacia atrás** y calculé que ya habrían unas trescientas personas y, sin embargo, no había asomos de que la obra fuera a comenzar.

Empecé a molestarme y a refunfuñar entre dientes, con el volumen de voz de la gente que habla sola en la casa pero no se atreve a hacerlo

en un lugar público. Sin embargo, un silbido de alguien en la tribuna me sacó de la rabieta. Luego, una serie de tenues cuchicheos como de secretos se oyeron y, al final, culminaban en grandes carcajadas.

Apenas me había sentado y otra vez los sonidos **de**trás del telón. Esta vez era claro que eran voces de personas, pero no hubo mucho tiempo para razonar explicaciones porque el telón, finalmente, ya se estaba corriendo.

Al principio, me dio miedo, después risa y después otra vez miedo. Mi reacción natural debiera haber sido agachar la cabeza en espera de que la irrealidad llegara para salvarnos, pero las risas de algunos y los silbidos de otros me distrajerón del instinto. Estoy seguro de que no fui el único que no quiso ver más allá del telón y que acarició con la vista cada centímetro de tela que seguía visible mientras lo retiraban lentamente.

Después de la incertidumbre, una tristeza recóndita se adueñó del teatro. Los silbidos y las risas terminaron dándole paso a un murmullo uniforme, que era lo más parecido al silencio que aquel día había oído.

Traté de explicarme el problema de todas las formas posibles, entre las que la instalación de un inmenso espejo de la altura del teatro mismo no era la más disparatada. Sin embargo, hechos

insignificantes acabaron con mi teoría de los espejos: algunas personas de la tribuna del lado de allá balbuceaban por lo que veían, mientras que otros de la de este lado gesticulaban espasmos que no se reflejaban en el frustrado espejo.

Un hombre con cara de fumador que estaba sentado en la tribuna del otro lado me empezó a hacer señas de pujador en una subasta. Era mi amigo. Yo le respondí con la misma señal pero creo que no me entendió porque ya no me hizo más caso, ni yo a él. Unas señoras empezaron a llorar y, entonces, yo entendí que lo mejor que podía hacer era irme. Le hice una nueva señal a mi amigo, para que nos fuéramos juntos, pero no me vio o no me quiso poner atención.

Me levanté de donde estaba sentado y empecé a caminar. Ni siquiera me pasó por la cabeza reclamar nada en la boletería y más bien apuré el paso para salir de allí cuanto antes. Afuera del teatro estaba el mismo hombre de las ropas estafalarias. Intentó decirme algo, pero yo caminé rápido y me fui sin responderle, diciéndome que el Teatro Calderón tal vez sí tenía dos entradas y que mi amigo debía haber ingresado por la otra.

En la calle, seguía amenazando lluvia. Alcé la mirada y calculé que tenía el tiempo justo para llegar a la casa sin mojarme.